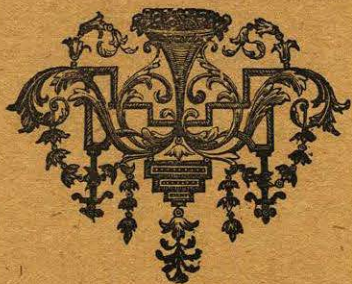


beatificación se ha celebrado en Francia y fuera de ella, con más alegría que la de este ejemplar Sacerdote.

Posteriormente, por Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, de 12 de Abril del año 1905, se ha dignado Su Santidad declarar al Beato Juan María Bautista Vianney, Patrono celeste de los Párrocos de Francia y de sus dominios en el extranjero; y facultar dentro de los mismos territorios de Francia para exponer á la pública veneración las imágenes y reliquias del Beato, con licencia del respectivo Ordinario, y disponer que su fiesta se celebre en Francia con rito doble menor; y en la diócesis de Belley, con rito doble mayor, tanto para el Clero secular como para el regular, con Oficio y Misa propios, aprobados por la Autoridad Apostólica.

Y por Decreto de la citada Congregación, de 10 de Junio de 1905, se dignó Su Santidad declarar al Beato Vianney Patrono de los Párrocos de la diócesis de Madrid-Alcalá.



FLORECITAS DE ARS

PENSAMIENTOS DEL B. VIANNEY

Versión de G. Villota, Canónigo de Burgos.

Sicut odor agri pleni...

PREFACIO

Id, florecitas, adonde la mano de Dios os envía. Esparcid vuestros perfumes, embalsamad las almas: FLORETE FLORES, DATE ODOREM, ET FRONDETE IN GRATIAM.

No seáis de aquellas flores que nacen y mueren en un mismo día. Fructificad, y que vuestros frutos sirvan de semilla.

Como germen fecundo que se desarrolla en bella flor y árbol frondoso, así cada una de estas palabras, cayendo en corazones rectos, entreábrase y desenvuélvase, fecundada por la reflexión y la oración, al calor del alma. ¡Brote de cada un tallo nuevo, y extienda sus ramas cargadas de frutos de honor y santidad! FLORES MEI, fructus honoris et honestatis. Así sea.

A. MONNIN, J. S.

I

Nosotros conocemos lo que vale el alma por lo que Dios hace para salvarla, y por lo que el demonio trabaja para perderla. El Infierno se conjura contra ella; el Cielo está siempre á su favor. ¡Oh cuán grande es el alma!

Para tener idea de lo que es nuestra alma, es necesario pensar con detención en el Cielo, el Calvario y el Infierno.

Estamos en este mundo, pero no somos de este mundo, puesto que todos los días decimos: PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS...

Somos mucho y somos nada. Es muy grande el hombre cuando se considera su alma; pero es muy pequeño si se mira su cuerpo.

Los hombres somos como pequeños espejos, en los cuales Dios se mira.

Los buenos cristianos que trabajan para salvar su alma, están siempre contentos, gozan anticipadamente la felicidad del Cielo, y serán eternamente felices; mientras los malos cristianos que siguen el camino de perdición, nunca están contentos, murmuran, andan tristes, son desgraciados y lo serán por toda la eternidad. ¡Qué diferencia!

II

¡Qué dicha es tener un corazón, por pequeño que sea, para amar con él á Dios!

Nuestra lengua no debería emplearse más que en orar, nuestro corazón en amar, y nuestros ojos en llorar.

El hombre ha sido creado para amar; por eso es tan inclinado al amor. Por otra parte, es tan grande, que nada en la tierra puede contentarle: sólo está contento cuando tiende hacia Dios.

Sacad un pez fuera del agua, y no vivirá: tal es el hombre sin Dios.

¡Oh qué bello es amar á Dios!... Es necesario ir al Cielo para comprenderlo. La oración ayuda no poco, porque la oración es la elevación del alma al Cielo. Cuanto más se conoce á los hombres, menos se les ama. Al contrario, cuanto más se conoce á Dios, más se le ama. Este conocimiento enciende el alma en un amor tan grande, que no puede amar ni desear sino á Dios.

El que no tiene fe, es un ciego; el que no ve, no conoce; el que no conoce, no ama. El que no ama á Dios, se ama á sí mismo, y al mismo tiempo ama los placeres: su corazón se aficiona á cosas que pasan como el humo; no puede conocer la verdad ni el bien; sólo conoce la mentira, porque está privado de la luz necesaria. Si tuviese luz, vería perfectamente que todo lo que ama no puede darle sino la muerte eterna.

Fuera de Dios, nada hay duradero: la vida pasa, la forma desaparece, la salud se destruye, la reputación se pierde: todo se va, todo se precipita... ¡Cuánto debemos compadecer á aquellos cuyo corazón se aficiona á estas cosas!... Se apasionan de ellas, porque no se aman á sí mismos con un amor razonable; les domina el amor propio y el del mundo, y se buscan á sí y á las cosas de acá más que á Dios. Por eso viven siempre inquietos y descontentos.

¿No es, pues, una verdadera locura que, pudiendo gustarse en esta vida los goces del Cielo por la unión amorosa con Dios, se prefiera el Infierno?

¡Es incomprendible tal locura, y no hay lágrimas que basten para llorarla como es debido!...

No encuentro nada que me inspire tanta compasión como esas pobres gentes entregadas al mundo. Llevan sobre sí un manto forrado de espinas, y no pueden moverse sin punzarse; mientras que los buenos cristianos se cubren con un manto forrado de suavísimas pieles.

El buen cristiano recorre el camino de esta vida sobre un carro de triunfo, arrastrado por los ángeles y guiado por Nuestro Señor mismo; pero el pobre pecador está unido al carro del mundo, y como le dirige el demonio, le obliga con látigo á avanzar en su carrera.

El alma que está unida á Dios vive en una primavera continua.

El Cielo se derrama abundantemente en el alma de los justos, que se bañan y solazan en sus corrientes celestiales.

La vida interior es un baño de amor en que se anega el alma.

Dios sostiene al hombre interior con la ternura de una madre que estrecha con sus manos la cabeza de su hijo para cubrirle de besos y caricias.

Como los discípulos no vieron en el Tabor sino á Jesús solo, de la misma manera las almas interiores no ven más que á Nuestro Señor Jesucristo sobre el Tabor de su corazón: son dos amigos que jamás se cansan de verse.

Unión con Jesucristo, unión con la Cruz: he ahí la manera de salvarse.

Si no amamos el Corazón de Jesús, ¿qué amaremos? En ese Corazón no hay más que amor: ¿cómo dejar de amar lo que es tan amable?

Ser amado de Dios, estar unido á Dios, vivir en la presencia de Dios, vivir para Dios. ¡Oh! ¡Qué hermosa vida!... ¡Qué dichosa muerte!..!

III

El hombre que conserva su inocencia siéntese elevado por el amor hacia el Cielo, como las aves por sus alas hacia lo alto.

El corazón puro no puede menos de amar, porque posee la fuente del amor, que es Dios.

Un cristiano con pureza de alma está sobre la tierra como un pájaro preso de un hilo. ¡Pobre pajarillo! Sólo espera verse libre para volar.

Los buenos cristianos son como esas aves de alas grandes y patas cortas que nunca bajan á tierra, pues no pudiendo volver á elevarse, serían cogidas; por eso hacen sus nidos en los picos de las rocas, sobre el techo de las casas, ó en lugares elevados. Así debe el cristiano estar siempre en las alturas, y elevado al Cielo; si nuestros pensamientos se fijan en la tierra, somos cogidos.

Un alma pura es como perla preciosa: mientras está encerrada en su concha y sumergida en el mar, nadie piensa en admirar su belleza; pero si se la pone al sol, brilla y atrae las miradas de todos. Del mismo modo, el alma pura y escondida á los ojos del mundo brillará un día ante los ángeles al sol de la eternidad.

El alma pura es una bellísima rosa, y las tres Personas Divinas bajan del Cielo á respirar sus perfumes.

¡Nada más hermoso que un alma pura! Si el hombre lo comprendiese así, no perdería jamás su pureza. El alma pura está desligada de la materia, libre de las cosas de la tierra, y hasta olvidada de sí misma.

Hay que cerrar nuestro corazón al orgullo, á la sensualidad y á todas las pasiones, como se cierran las puer-

tas y ventanas de una casa para que ninguno pueda entrar en ella.

Cuando un alma es completamente pura, el Cielo entero la mira con amor...

No es posible comprender cuánto puede con Dios un alma pura. No es ella quien hace la voluntad de Dios; es Dios quien hace la suya.

Dios contempla con amor el alma pura, y la concede todo lo que le pide. ¿Cómo había de resistirse el alma que sólo vive para Él, por Él y en Él? Ella le busca, y Él se hace presente: le llama, y Dios viene; esta alma es como una cosa con Dios, y tiene la voluntad de Dios encadenada.

El alma pura está con Dios como un niño con su madre. Dios la acaricia y abraza, como la madre acaricia y abraza al hijo de sus entrañas.

IV

Cuando nos entregamos á las pasiones, rodeamos de espinas nuestro corazón.

El que vive en el pecado adquiere las costumbres y proceder de las bestias. La bestia carece de razón, no conoce más que sus apetitos; así el hombre se hace semejante á las bestias, pierde la razón y se deja conducir por los movimientos *de su cadáver*.

¡El cristiano es creado á imagen de Dios, y rescatado con la sangre de Dios! ¡El cristiano es hijo predilecto de Dios, su hermano, su heredero! ¡El cristiano es objeto de las complacencias de las tres Divinas Personas! ¡El cristiano tiene un cuerpo que es templo del Espíritu Santo!... ¡¡Pues todo esto deshonra y envilece el pecado!!

El pecado es el verdugo de Dios y el asesino del alma.

El pecado nos arranca del Cielo para precipitarnos en el Infierno. ¡Y sin embargo, amamos el pecado!...

¡Ofender á Dios, que no nos ha hecho más que bien!
¡Contentar al demonio, que no puede hacernos sino mal!
¡Qué locura!

¡Dios quiere hacernos felices, y nosotros no queremos serlo! ¡Nos alejamos de Él, y nos entregamos al demonio!
¡Huimos de nuestro Amigo y buscamos al verdugo! ¡Perdemos el tiempo que Dios nos ha concedido para salvarnos, y le hacemos la guerra con los mismos medios que nos ha dado para que le sirvamos!

Comprender que nosotros somos la obra de Dios, es muy fácil; pero que la crucifixión de un Dios sea nuestra obra... ¡he aquí lo incomprensible!

V

Parece que los pobres pecadores no quieren aguardar á que se pronuncie la sentencia que les ha de condenar á vivir con los demonios, sino que se condenan á sí mismos.

El Paraíso, el Infierno, el Purgatorio se gustan anticipadamente en esta vida. El Purgatorio está en las almas que no han muerto aún á sí mismas; el Infierno en el corazón de los impíos, y el Paraíso en el corazón de los perfectos, que viven completamente unidos á Dios Nuestro Señor.

Desde el mundo se pierde la vista del Cielo y del Infierno. Si en él se conociese la hermosura del Cielo, por lograrle se dejaría el mundo de buena gana; si se conociesen los tormentos del Infierno, se procuraría evitarlos á toda costa.

Pierde la fe el impío, y no ve el Infierno hasta que da en él.

Si un condenado pudiese decir una sola vez: «¡Dios mío, yo os amo!» no habría más Infierno para él... Pero ¡ay! esa pobre alma ha perdido la facultad de amar que había recibido, y de que no supo servirse. Su corazón está seco y sin jugo, como racimo sacado del lagar. En ella no hay ya dicha alguna; no hay paz, porque no hay amor.

El Infierno es una consecuencia de la bondad de Dios. Los condenados dirán: «¡Oh, si Dios no nos hubiese amado tanto, sufriríamos menos; el Infierno sería soportable! ¡Pero haber sido tan amados!... ¡Qué dolor!...»

Si los pobres condenados tuviesen el tiempo que nosotros perdemos, ¿cómo le aprovecharían! Si tuvieran solamente una media hora, esta media hora despoblaría el Infierno. Si se dijera á los condenados que están en el Infierno hace tanto tiempo: «Vamos á poner un confesor á la puerta del Infierno; todos los que quieran confesarse, pueden salir en su busca,» ¿creéis que quedaría uno solo sin hacerlo? ¡Cuán pronto el Infierno quedaría desierto, y se llenaría el Cielo! Pues bien: nosotros tenemos el tiempo y los medios que los pobres condenados no tienen.

¿Por qué se exponen los hombres á las maldiciones de Dios?... ¡Por una blasfemia, por un mal pensamiento, por dos minutos de placer!... ¡¡Por dos minutos de placer perder á Dios, el alma, el Cielo, y perderlos para siempre!!...

Si vierais á un hombre preparar combustible amontonando haz sobre haz, y os dijese: «Dispongo la hoguera que ha de abrasarme,» ¿qué pensaríais de él?...

Si le vierais aplicar con su mano el fuego, y arrojarle por sí mismo en las llamas, ¿qué diríais? Pues esto hacemos cuando pecamos.

No es Dios quien nos arroja al Infierno; somos nosotros mismos los que nos precipitamos en él con nuestros pecados. El condenado dirá: «Yo he perdido á Dios, he perdido

mi alma, y, por fin, el Cielo; por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa.» Se esforzará por levantarse, pero se elevará para volver á caer en el fuego. Sentirá siempre la necesidad de elevarse, porque ha sido creado para Dios, el más grande, el más sublime de los seres: ¡el Altísimo!... Será como un pájaro encerrado en estrecha habitación, que vuela hasta el techo y vuelve á caer... La justicia de Dios es el techo que impide á los condenados elevarse.

VI

Nuestro Señor es como una madre que lleva al hijo en sus brazos. El niño es malo, se vuelve contra su madre, la muerde, le araña, pero ella no repara en esto siquiera; sabe que, si le deja, caerá y no podrá andar por sí solo. Así es Nuestro Señor; sufre todos nuestros malos tratamientos, soporta todas nuestras arrogancias, nos perdona todas nuestras necedades, y se compadece de nosotros.

Más pronto está Dios á perdonar al pecador arrepentido, que una madre á sacar su hijo del fuego en que cayó.

Figuraos una pobre madre, obligada á guillotinar á su mismo hijo: ¡tal es nuestro Dios cuando condena al pecador!

Nuestras faltas son un grano de arena al lado de la gran montaña de la misericordia divina.

La misericordia de Dios es como un torrente desbordado: por donde pasa, arrastra consigo los corazones.

VII

Dos gritos se escuchan en el hombre: el del ángel y el de la bestia. El grito del ángel es la oración; el de la bestia es el pecado.

Los que no oran, están inclinados hacia la tierra; son como el topo, que procura hacer un agujero para meterse en él. Terrestres enteramente, sólo piensan en las cosas del tiempo.

¡Qué inefables dulzuras hay escondidas en el olvido de nosotros mismos, y en la busca de solo Dios!

Si en el Cielo hubiese un solo día sin adoración, ya no sería el Cielo.

La oración es un rocío embalsamado; mas para percibir su fragancia es necesario orar con alma pura.

La dulzura de la oración es sabrosa, como el jugo de uvas maduras.

La oración separa nuestra alma de la materia, y la impulsa hacia el Cielo; es como el humo que remonta el globo por el espacio.

Para orar es necesario abrir el corazón á Dios, como el pez abre sus agallas al llegar la ola.

Nuestro corazón, por desgracia, no está ni bastante libre, ni bastante purificado de todo afecto terrestre. Tomad una esponja bien seca y perfectamente limpia; echadla en un líquido, y se empapará hasta rebosar; pero si la esponja no está seca y limpia, no absorberá. Así pasa con el corazón cuando ora: si no está libre y desprendido de las cosas de la tierra, por mucho que oremos, no percibiremos las efusiones de la gracia en la medida que nos conviene.

VIII

¿Quién ha recibido nuestra alma á su entrada en la vida? El sacerdote. ¿Quién la alimenta y fortifica para su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote; siempre el sacerdote. Y si esta alma llega á morir, ¿quién la resucitará y devolverá la paz y el sosiego? También el sacerdote. No es posible recordar un solo beneficio de Dios, sin encontrar á su lado la imagen del sacerdote.

Sin el sacerdote, de nada nos servirían los demás beneficios de Dios. ¿De qué nos serviría, por ejemplo, una casa llena de oro, si no teníamos quien nos abriese la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros celestiales: él nos abre la puerta, es el economo de Dios y el administrador de sus bienes.

¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Dejad una parroquia sin Cura por espacio de veinte años, y al cabo de ellos, en lugar de adorar á Dios allí, se adorará á los animales.

Se da gran importancia á los objetos que han estado sobre la escudilla de la Santísima Virgen y del Niño Jesús en Loreto; pero los dedos del sacerdote, que han tocado la adorable carne de Jesucristo, que se han introducido en el cáliz donde ha estado su Sangre, y en el copón donde ha estado su Cuerpo sacratísimo, ¿no son más preciosos?

El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús. Cuando veas un sacerdote, acuérdate de Nuestro Señor y piensa en Él.